

Antonio Gramsci

Odio a los indiferentes

La città futura, 11 de febrero de 1917

Versión para formación. Traducción de trabajo al castellano realizada a partir del texto italiano original. Se mantiene el sentido y la estructura del escrito, sin reproducir una traducción comercial.

Odio a los indiferentes. Creo, como Federico Hebbel, que «vivir quiere decir tomar partido». No pueden existir los que son solamente hombres, ajenos a la ciudad. Quien vive de verdad no puede dejar de ser ciudadano y de tomar partido. La indiferencia es abulia, es parasitismo, es cobardía; no es vida. Por eso odio a los indiferentes.

La indiferencia es el peso muerto de la historia. Es la bola de plomo para quien quiere innovar; es la materia inerte en la que a menudo se ahogan los entusiasmos más espléndidos; es el pantano que rodea la vieja ciudad y la defiende mejor que las murallas más sólidas, mejor que el pecho de sus guerreros, porque engulle en sus remolinos fangosos a quienes la asaltan, los diezma, los desanima y, a veces, los hace desistir de la empresa heroica.

La indiferencia actúa poderosamente en la historia. Actúa pasivamente, pero actúa. Es la fatalidad; es aquello con lo que no se puede contar; es lo que trastorna los programas, lo que derriba los planes mejor contruidos; es la materia bruta que se rebela contra la inteligencia y la estrangula. Lo que sucede, el mal que cae sobre todos, el posible bien que un acto heroico -de valor universal- puede generar, no se debe tanto a la iniciativa de los pocos que actúan como a la indiferencia, al ausentismo de los muchos.

Lo que ocurre no ocurre tanto porque algunos quieren que ocurra, sino porque la masa de los hombres abdica de su voluntad, deja hacer, deja que se formen nudos que después sólo la espada podrá cortar; deja promulgar leyes que después sólo la rebelión podrá derogar; deja llegar al poder a hombres que después sólo un motín podrá derribar. La fatalidad que parece dominar la historia no es otra cosa que la apariencia ilusoria de esta indiferencia, de este ausentismo.

Los hechos maduran en la sombra; pocas manos, no vigiladas por ningún control, tejen la trama de la vida colectiva, y la masa ignora, porque no se preocupa. Los destinos de una época son manipulados según las visiones estrechas, los objetivos inmediatos, las ambiciones y las pasiones personales de pequeños grupos activos, y la masa de los hombres ignora, porque no se preocupa.

Pero los hechos que han madurado terminan por desembocar; la tela tejida en la sombra llega a completarse. Y entonces parece que la fatalidad arrastra a todo y a todos; parece que la historia no fuera más que un enorme fenómeno natural, una erupción, un terremoto, del cual quedan víctimas todos: quien quiso y quien no quiso, quien sabía y quien no sabía, quien estuvo activo y quien fue indiferente.

Y este último se irrita, quisiera sustraerse a las consecuencias, quisiera que quedara claro que él no quiso, que él no es responsable.

Algunos lloriquean lastimosamente; otros blasfeman obscenamente. Pero nadie, o muy pocos, se preguntan: si yo también hubiera cumplido con mi deber, si hubiera tratado de hacer valer mi voluntad, mi consejo, ¿habría sucedido lo que sucedió? Nadie, o muy pocos, se culpan de su indiferencia, de su escepticismo, de no haber dado su brazo y su actividad a aquellos grupos de ciudadanos que luchaban precisamente para evitar aquel mal o que se proponían conseguir aquel bien.

La mayoría de éstos, en cambio, después de consumados los acontecimientos, prefiere hablar de fracasos ideales, de programas definitivamente derrumbados y de otras cosas semejantes. Así recomienzan su ausencia de toda responsabilidad. Y no es que no vean con claridad las cosas ni que, a veces, no sean capaces de imaginar hermosísimas soluciones para los problemas más urgentes, o para aquellos que, aun requiriendo amplia preparación y tiempo, son igualmente urgentes.

Pero esas soluciones permanecen hermosamente estériles. Esa contribución a la vida colectiva no está animada por ninguna luz moral; es producto de la curiosidad intelectual, no de un punzante sentido de responsabilidad histórica que quiere a todos activos en la vida y que no admite agnosticismos ni indiferencias de ningún tipo.

Odio a los indiferentes también porque me molesta su lloriqueo de eternos inocentes. Pido cuentas a cada uno de ellos de cómo ha cumplido la tarea que la vida le ha puesto y le pone cotidianamente, de lo que ha hecho y, especialmente, de lo que no ha hecho. Y siento que puedo ser inexorable, que no debo malgastar mi piedad, que no debo compartir con ellos mis lágrimas.

Tomo partido, vivo; siento que en las conciencias de quienes están de mi lado ya palpita la actividad de la ciudad futura que mi parte está construyendo. Y en ella la cadena social no pesa sobre unos pocos; en ella todo lo que sucede no se debe al azar, a la fatalidad, sino que es obra inteligente de los ciudadanos.

En ella no hay nadie que permanezca en la ventana mirando mientras unos pocos se sacrifican y se desangran en el sacrificio; nadie que, acechando desde la ventana, quiera aprovechar el poco bien que la actividad de unos pocos procura y después descargue su decepción insultando al sacrificado, al que se ha desangrado, porque no consiguió alcanzar su objetivo.

Vivo, tomo partido. Por eso odio a quien no toma partido; odio a los indiferentes.

Fuente: Antonio Gramsci, «Indifferenti», *La città futura*, 11 de febrero de 1917. Texto italiano consultado en Bibliotheca Augustana.

Nota: En el original Gramsci utiliza «partigiano / parteggiare». Aquí se traduce como «tomar partido» para conservar el sentido político del texto de 1917 y evitar asociaciones posteriores del término «partisano».